

En la Corriente del Paquita

Por **Miguel Villagra**

Don Patrocinio

Después de cumplir con las órdenes paternas de encerrar los terneros, que ilusión reunirse con los demás a jugar un “quedó” en el la poza del río, recibiendo datos de quienes eran “mantequilla”, si se valía consumir y si se podía pedir tapón. El divertido juego tenía un nivel de exigencia física formidable, pues incluía subir el paredón como un mono, correr sobre el playón como un cherepo y nadar como un robalo.

El tiempo transcurría sin control en ausencia de reloj que limitara su ritmo. Nadie se enteraba de la hora hasta que las largas sombras del atardecer dieran aviso de la inminente llegada de la noche. Muchas veces lo animado del juego no permitía reconocer esta señal, y entonces eran las nutrias en su magistral danza quienes bajaban el telón adueñándose de la poza y continuando nuestro juego. Era el momento de marchar al rancho de don Patrocinio y en el camino escuchar a la lechuza ocultando con su ulular el último rayo de sol.

El rancho de Don Patrocinio no distaba de la poza y era la primera parada de aquel grupo de incipientes hombres a quienes la cercanía de la noche les comenzaba a recordar su carácter de niños.

Patrocinio era un indígena de mediana edad que junto con su esposa Marta tenían una nutrida prole, y estaban siempre dispuestos a compartir con los visitantes todo lo que la generosa tierra y el fecundo río ponían en su mesa. A la luz de una canfinera eran devorados plátanos asados, pejibayes, malanga y yuca hervida con huevos de iguana, acompañándolo todo de un refrescante jarro de mozote. Dejábamos volar la imaginación con las más inverosímiles historias de nuestro Tata Mundo particular. Historias de guacas de sus antepasados en las pozas del río custodiadas por espectros de machacas con escamas de oro y plata. Brujas convertidas en lechuzas que con sus penetrantes ojos veían los malos pensamientos. Historias trasnochadores que andaban en malos pasos perdidos por los brincos del cuyeo.

Don Patrocinio disfrutaba viendo el interés creciente y la avalancha de preguntas que sus historias suscitaban. El respondía de buen ánimo sobre cómo reconocer las huellas de La Tule o de cómo reconocer risas de los duendes entre los ruidos del monte o de cómo, con lágrimas de perro, se lograban ver los espíritus.

Después de aquel estímulo a la imaginación aún faltaba llegar hasta nuestras casas. Este camino se hacía a la luz de unos tizones proporcionados por doña Marta, descubriendo formas monstruosas en cada sombra y almas penitentes en cada leve brisa.

Al llegar a casa se recuperaba la valentía y se iba a la cama a decantar todas aquellas historias y vivencias.

La Niña Clara Luz

Sobre verdaderos polvazales o auténtico río de barro, dependiendo de la época, caminábamos hacia la escuela. La primera actividad era limpiar los patios de la ingente cantidad de hojas que desprendían con saña los añosos mangos que cubrían casi por completo el exterior del aula que nos servía de escuela. Al sonido de un par de palmadas ingresábamos al aula donde con mano firme y amorosa nos daba las primeras letras en compañía del Silabario Castellano de Porfirio Brenes con mamá amasando la masa y Vidal viendo un nido.

El ansiado recreo llegaba más rápido de lo esperado pues se perdía la noción del tiempo tomando el dictado de la lectura de turno. Al salir al recreo los zapatos (los que tenían) quedaban bajo el pupitre y una bola con múltiples remiendos recibía una inmerecida golpiza propinada por pies robustecidos por andar desnudos sobre las piedras. Después de esta extenuante “jugada de bola” había que escaparse de la mirada vigilante de la Niña rumbo al río que corría a pocas decenas de metros tras la escuela. Unos cadáveres de uniforme reposaban sobre una piedra bajo el sol, mientras sus dueños refrescaban su inteligencia para asimilar lo restante de la jornada.

Una escuela de una sola maestra: la Niña Clara luz. La Niña Clara Luz de robustas carnes, de piel aceituna e imperial presencia, conducía a este pequeño grupo de desarrapados hacia la aventura intelectual con mano de hierro pero guante de seda. Ella abría para nosotros con devota dedicación las ventanas del conocimiento. Con un seguimiento individual sabía en cual parte de su lienzo poner mayor pigmento para obtener un producto de calidad uniforme y alentaba intereses particulares para no cortar las alas a nadie.

La Niña Clara luz llevará siempre por mérito ese título de “segunda madre” para todos aquellos que fuimos en sus manos arcilla fresca.

Don Pepe Córdoba

En las tardes de verano se preparaban las excursiones a la boca del Paquita a cazar cangrejos. Todos nos dábamos cita en el rancho de la finca de Don Pepa para afilar, en el molejón trasero, las lanzas de varillas de paraguas utilizadas como instrumento de caza. Los cangrejos de tierra eran nuestra presa. Aquellos patrióticos crustáceos de patas rojas, cuerpo azul y tenazas blancas acaban en una rudimentaria sopa hecha con leña de mangle y agua de mar. Después del primer hervor todos nos deleitábamos con la tierna y jugosa carne de las blancas tenazas que rompíamos con un par de piedras.

La finca de don Pepe era un verdadero jardín botánico, cuidado y bendecido por la mano generosa de aquel venerable anciano de profundos ojos azules, encorvado cuerpo y cabellera blanca como una garza. Don Pepe se sentía complacido en ofrecernos la extensa variedad de exóticas frutas que cultivaba por el placer de compartir. Siempre había alguna fruta de estación: ahora nances, luego marañones, después caimitos, el otro mes naranjas, en septiembre cuajiniquiles y guayabas y casi siempre güisoyoles y carao; y en el verano una

amplia oferta de mangos de múltiples colores, sabores y aromas.

El rancho de don Pepe era un enorme pajizo que funcionaba como bodega, donde se podía ingresar con tan solo con empujar su enorme portalón. Cosa que nadie se atrevía a hacer porque aquel sitio se convertía al caer la noche en punto de reunión para luces de muerto, espantos, vampiros y demás personajes de historias de terror. Ninguno se atrevió nunca a pasar ni cerca después de ocaso. Haría falta algunos años para enterarse que aquel celestino techo daba cobijo al caer la noche a los amores clandestinos del barrio, a quienes convenía perpetuar las historias del más allá.

La Niña Menchita

Cuando se llegaba a tercer grado era hora de recibir la formación necesaria para hacer la primera comunión. Una vez a la semana dejábamos las sumas y restas, el sujeto y predicado y Viajemos por el Mundo; era hora de incorporar a nuestro conocimiento los códigos morales que regirían el comportamiento, o para ser más exactos que culparían el mismo de aquí en adelante.

De la mano de la Niña Menchita emprendimos este viaje por un mundo de mandamientos, virtudes teologales, potencias del alma, jaculatorias, canciones y oraciones. Menchita tenía a su cargo la responsabilidad autoimpuesta de preparar a los niños de todas las escuelas de la comunidad para hacer la primera comunión, teniendo como paga la satisfacción de verlos recibir el sacramento. Sus clases eran magistrales y su técnica completamente oral en la cual repetíamos a unísono “salves”, “credos” y “yo pecadores”. Quedaron tan bien grabadas que aún hoy por hoy puede recordarse hasta el tono de su voz acariciando estas oraciones.

Como eran tiempos en que las cosas no podían llamarse por su nombre algunas acciones elevadas a nivel de pecado quedaban totalmente nebulosas: “los niños no deben jugar con sus cuerpos”. Esto daba a nuestras tardes en el río una dimensión pecaminosa que no lográbamos entender y que le permitía al padre escuchar: “Padre me acuso de haber jugado con mi cuerpo” sin saber que confesamos y al padre sin saber de qué absolvía.

Sus relatos sobre la vida de Jesús, vidas de santos y cuentos moralizantes estaban cargados de realismo mágico que se oían como quien escucha un oráculo. La historia del santo confesor que veía los pecados salir por la boca de los fieles en forma de monstruos horribles hacía temerle a los confesionarios, no fuera que algún monstruo hubiera quedado enredado por allí.

Por un año, una vez a la semana compartíamos con aquella mujer de corta estatura y de edad indescifrable, sin más adorno que la piedad y el temor a Dios, hasta el día de nuestro debut en la primera comunión.

Don Tobías

Como todo lo bueno pasa, la infancia también llega a su fin.

Aquel entrañable tiempo de pies descalzos, eterna flecha en la bolsa, uñas con tierra y ratones de mascota empezó a parecer ridículo con el advenimiento de la adolescencia. Ya había comportamientos que por presión de grupo había que abandonar. Ya el pantalón corto había que dejarlo atrás. Las niñas, antes tan cercanas y compañeras de juego, dejaron el grupo precisamente en el momento en que empezaban a llamar la atención.

Para ir al colegio era mejor no aparentar ser niño porque el colegio no era para ellos. Ya algunos de los estudiantes de años superiores tenían voz grave y sus cuerpos se habían metamorfoseado.

El director del colegio Don Tobías no tenía mucho en común con la niña Clara Luz. Su imponente presencia de dos metros de altura y su vozarrón nos hizo ver que la niñez había quedado eones atrás.

Aquí dimos significado a muchas de las palabras cabalísticas de la niña Menchita y se presentaban con frecuencia oportunidades de faltar a este o aquel mandamiento.

El río cómplice de antaño, quedó desde allí encerrado bajo las rejas de un puente de metal oxidado. El puente con voz lastimera tradujo la nostalgia del río ante la ausencia de aquellos niños.